

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN RAMÓN J. SENDER

Ramón RUFAT

Paradoja, sin duda, parecerá a muchos el que nos ocupemos de la dimensión religiosa de un escritor que comenzó su carrera literaria en una España encendida «por el odio a un clero dominador y asesino con trabuco y guante blanco» y que era, por lo mismo, la primera víctima de la «justicia popular» en todas las revoluciones o revueltas.

Y el Sender de aquellos años de monarquía desacreditada y agonizante o de república de liberalotes, humanistas a lo burgués, capaces de comprender y hasta de defender y legislar las exigencias del pueblo, pero débiles o contrarios de llevarlas a la práctica, no se adhiere a éstos, sino al rabioso anarquismo de aquella época, que era, en España, el más intransigente contra el Estado, el capitalismo y la Iglesia y toda clase de religiones o creencias de cuantas han conocido los pueblos en su historia. Ser anticlerical era entonces lo mismo que ser antirreligioso. Bien es verdad que era muy corriente la frase «yo creo en Dios, algo tiene que haber allá arriba; pero no creo en los curas». Y como la religión era coto reservado a los curas, la gente no iba a misa, no practicaba, no era religiosa.

En el libro de Marcelino Peñuelas¹ dice Sender que acompañó un día al cura de su pueblo en su visita a un campesino «que moría en su cueva, después de cuarenta años de trabajo diario, honrado, sin protesta, sin una sola objeción: Despreciado por la población moría en un camastro de tablas..., en un lugar donde no había ni aire, ni fuego, ni agua, es decir, los tres elementos básicos. Esto condicionó toda mi vida. Yo tenía entonces siete años y no lo he podido olvidar. Fui desde entonces un ciudadano discrepante y una especie de escritor a contrapelo».

¹ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970.

Eso de unir el recuerdo de un cura al reconocimiento de ser un escritor a contrapelo no puede ser más elocuente; como lo es el hecho de que sea el mismo cura del pueblo el que en *Réquiem por un campesino español* quiera honrar la memoria de un luchador campesino, vilmente asesinado, y calmar así las conciencias, nada tranquilas, de los que en su día hicieron todas las vilezas para llevarlo a la muerte.

En *Réquiem por un campesino español* ya vemos al Sender que ha descubierto su sentido de religiosidad. Porque nos podemos preguntar si lo tuvo o lo mantuvo como antes de los siete años o de qué manera se le transformó.

Para explicar esta evolución, normal en casi todos los hombres que tienen la cabeza para pensar, y en el caso de Sender, yo no diría evolución, sino sublimación, me ceñiré a su libro *Ensayos sobre el infringimiento cristiano*,² que me mandó a París en abril de 1980 con una carta en la que me decía que lo había escrito pensando en el público español y en su aparente religiosidad, pero que en España no había tenido eco. Sirvan, pues, estas líneas para honrar su memoria y ampliar un poco el eco de su pensamiento.

En el «Nota bene» de este ensayo podemos leer textualmente: «Algunas veces he recibido cartas preguntándome cuáles son mis creencias religiosas si las tengo. Esa pregunta me la han hecho también amigos y parientes. Mis hijos tienen preocupaciones religiosas frecuentemente al margen de la ortodoxia de las iglesias y sectas. Por todas estas razones he pensado que no sería inoportuno dejar escrito lo que pienso en la materia». Las tres páginas de este «Nota bene» son muy sustanciosas, no tienen desperdicio.

La fe religiosa tiene que ir acompañada de cierta convicción lógica. De otro modo no pasa de ser una emoción lírica; y cree Sender que, a sus 66 años, ha llegado a tener esas convicciones que nos ha dejado reflejadas en el ensayo.

Todas las religiones, según él, «se basan en un texto poético que, como cualquier obra de arte, se puede considerar producto del misterio y revelación de Dios. Y la poesía de los libros antiguos no se puede explicar porque queda cumplida en sí misma». En las palabras *infringimiento* y *cristiano* están condensadas la esencia y la intención de todo su pensamiento. Pues «se trata de ese infringimiento por el cual la ciencia y la filosofía se acercan a alguna verdad, más o menos total, y aciertan o no partiendo, como se ha hecho siempre, de una asunción probable, aun a riesgo del error. El infringimiento lo es de la verdad total anterior, que ignoramos, o de la ley establecida que no conocemos y a la que tratamos de acercarnos tanteando como los ciegos [...] es el primer peldaño inevitable para seguir adelante

² Ramón J. SENDER, *Ensayos sobre el infringimiento cristiano*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1967. En España se publica en 1975 por Editora Nacional (Madrid). Todas las frases entrecomilladas, de no citar en el texto lo contrario, corresponden a este libro.

[...] un peldaño nuevo [...] y, siempre, una rectificación». Es, en el proceso evolutivo, el establecimiento de un nuevo paradigma como núcleo de toda verdad [...] «Pues el cambio y evolución es la norma de toda realidad interior o exterior, pero perceptible [...] en el eterno cambiar es donde podemos ver la única forma que nos es accesible de permanencia».

Este eterno cambiar, según los tiempos y los pueblos, es lo que va estudiando Sender para dar fundamento y hacer racional su fe. Quiere seguir el consejo de san Pablo: «Fides nostra rationabilis est».

Tras una larga exposición, muy erudita, de la simbología relativa a la cruz y a las vírgenes migratorias que, de diversas maneras, siguen siendo símbolos o mitos en algunos pueblos o han evolucionado y son alegorías en otras latitudes y culturas, pasa a la crítica de la magia blanca (sol) y de la magia negra (lucero, lucifer), para llegar a la eudemonología cristiana, el fecundo prodigio cristiano y su eficaz infringimiento en la libertad. Y más de una vez repetirá su fórmula preferida: «Dios = Libertad».

Los símbolos son estáticos, la alegoría es funcional, nos impulsa hacia... Una antorcha es símbolo de luz y de cultura. Una figura, tal un Prometeo llevando en su mano la antorcha, puede ser alegoría de la libertad. Pero la libertad, como idea que es y operativa, resulta inagotable en su contenido y no tiene límite en su concreción. La verdadera libertad, siempre anhelada cuanto más conquistada y siempre perfectible cuanto más humaniza al hombre, es efectivamente lo más parecido a Dios, al Dios que se va haciendo hombre mientras el hombre, humanizándose, se hace Dios.

La religión, o mejor, la fe de Sender es este Dios «in fieri» que ha hecho del símbolo cristiano, del Jesús, cuya existencia carnal no acepta, una verdadera encarnación de la libertad en el corazón de los hombres y el principio motor de su arte, de su moral, de su ciencia y de su cultura. Varias veces afirma que «si cree en Jesús es porque está convencido de que no existió, que no anduvo por el mundo pisando el suelo ni sobre el agua ni haciendo milagros».

La alegoría operativa de Jesús y su consecuencia, el Cristianismo, es para Sender una síntesis judeo-helenística hecha metafísica por Filón de Alejandría, que vive desde los tiempos de Augusto hasta el año 54 de nuestra era.

Cervantes pondrá en su día en la boca de sus personajes este pequeño diálogo:

–Metafísico estás, Sancho.

–Es que no como.

La metafísica, en verdad, es el hambre, el deseo vehemente de algo que nos fuerza a infringir y pasar al más allá de lo que tenemos por cierto o nos lo imponen

como dogma, y ya no va con nuestra manera de pensar o de vivir. El enunciado metafísico se convierte en el meollo, principio y fin de la fe operativa y racional, gracias a la evolución del mito a la alegoría a través del símbolo. Y quedan siempre, como lastre, el mito y el símbolo para rellenar el vacío mental y ambicioso de los hombres: son los milagros, las tradiciones o escritos más o menos poéticos y con ribetes sobrenaturales que, más que confirmarnos en la fe, nutren nuestro egoísmo y engendran nuestro ritualismo y beata religiosidad. Lo que hace que unos cuantos «militantes» de la religión monopolicen lo divino en su provecho y se crean con el derecho de poner límites, dogmas, a la fe y de crear jerarquías e instituciones que privan a la fe auténtica de su valor Dios = Libertad.

En el aspecto de lo religioso no es la helenística de Aristóteles o de Platón la que dio a Filón de Alejandría la visión de lo metafísico. Los dioses griegos no pasaron nunca del símbolo, crearon ritos y juegos y fiestas, pero no engendraron fe: vivían en el Olimpo, invisibles en un lugar visible y siempre representables en estatuas. Eran, hasta cierto punto, como el Dios de Adán, de Noé y de Abraham, que bajaba a dialogar con los hombres y discutía con ellos como un hombre más. En los dioses griegos, como en el primitivo Dios hebreo, no hay decálogo, ni ritos definidos ni verdadera religión; ésta es sólo posible con una fe, es decir, con un Dios metafísico. Filón era judío y tenía fe. Pues nadie, como los judíos, han demostrado y siguen demostrando que están poseídos de la fe. En nuestra cultura europea la fe tiene su principio en Moisés; que ya no ve a Dios, sino que lo oye en el eco de las concavidades de las rocas o lo intuye en la zarza que arde mientras la voz resuena. Y ya no es el hombre el que define a Dios, sino que es Él mismo y se proclama como *el que existe*; aquel cuya esencia misma es existir; es decir, un «fieri», un operar rompiendo los moldes aceptados y lanzando a los hombres a un nuevo grado de humanización y de libertad. Moisés precisaba de esto para liberar a su pueblo de la servidumbre de Egipto y llevarlo, con unidad de fe, a la conquista de unas tierras como patria prometida. También Pablo comprendió que el metafísico Logos de Filón, hecho Jesús, se precisaba, en aquellos tiempos de esclavitud y servidumbre generalizada de los pueblos bajo el yugo de Roma, para liberar a todos sin excepción y dar nuevos horizontes a la libertad humana.

Sender observa que los símbolos, «mutatis mutandis», son siempre los mismos en todas las religiones. Todos están basados en el sol, en sus efectos sobre la tierra con el fuego o la luz y en la manera de conseguir el fuego, la cruz; pues frotando en forma de cruz dos astillas secas se consigue que ardan y luego, soplando (*pneuma*, espíritu), se avivan y hacen llamas poderosas. Pero en la sublimación más o menos metafísica de este simbolismo está el acierto o la adulteración de la religión y de la fe. Y así puede escribir:

«El único apóstol que se sabe que existió y del que hay noticias históricas es Pablo. Leyó y conoció a Filón; se negó a aceptar las doctrinas esenias y terapeutas de las que se había declarado enemigo, y en el camino de Damasco, cuando el rayo

lo derribó de su montura, una voz interior le dijo algo como: "Yo soy el arquetipo, el que busca el viejo Filón en los libros que has leído, y en lugar de perseguirme debes proclamarme". Y así lo hizo Saulo desde entonces. Comprendió lo que implicaba aquel arquetipo para la humanidad: era nada menos que la encarnación del Logos (el Verbo, el Ignis, el Agnus Dei), los dos logos en uno solo, el sensitivo y el intelectual, uno en contacto con el hombre y el otro con Dios». La aplicación de la metafísica a la vida y a lo real: la fe operativa. «Y allí comenzó el cristianismo; como había comenzado el judaísmo con la ley mosaica escrita sobre rocas del Sinaí por un rayo también. El fuego que baja del cielo».

«La gente iconódula había hecho una alegoría viva de la cual habían de nacer después los primeros evangelios. Era necesario que el Logos se hiciera carne para que las gentes angustiadas por la imposibilidad del infinito pudieran concebirlo en imágenes y en hechos. No sabía Pablo que el logos iba a ser entendido sólo a medias o mal entendido, y que habría en su nombre guerras religiosas, guerras civiles, nuevos jerarcas y nuevas injusticias en la tierra. Y sobre todo nuevos templos llenos de mercaderes».

«Esperaba Pablo que las gentes se dedicarían a cultivar inteligentemente el prodigio del Logos encarnado con una especie de instinto amoroso y creador. El mismo Logos nos lo venía diciendo a través de las generaciones: *Sólo el amor es capaz de crear*. Pero tuvo que resignarse a aceptar a los iconódulos que querían la alegoría tangible. Aunque siempre que habla de Jesús lo hace como solía hablar Filón: de un Logos abstracto y milagroso».

Nuestra creación mental «en el vacío», en la metafísica, por el vigor de un pensamiento en libertad total y en acción constante ha creado a Cristo. Por la inexistencia histórica de Jesús descubre Sender a Dios = Libertad y Amor. Y dice que «los que mantienen la existencia histórica llenan el mundo de sangre, de odios, de vicios y de poder. La Iglesia se constituyó en guardiana de un mito glorioso en el que nos obliga a creer. Yo acepto ese conmovedor mito como tal mito».

Pero hoy la cultura está más generalizada y tiene un sentido más crítico. El infringingimiento del dogma para saltar del mito a la fe puede beneficiarnos en los tres planos que nos importan: el del espíritu religioso, el de la cultura positiva y el del desarrollo intelectual del individuo. Hay un concepto nuevo del individuo y de la sociedad implícito en la fe del Cristianismo, en la ciencia del Logos. Pero en la fe operativa, en aquella que supone cuando dice en el prólogo de su libro *Siete domingos rojos*³ que: «Las verdades humanas más entrañables no se entienden ni se piensan, sino que se sienten».

³ Ramón J. SENDER, *Siete domingos rojos*, Barcelona, Balagué, 1932.

Estas verdades, esta fe, son las que mueven a los pueblos a las revoluciones, a los cismas y a romper moldes y dogmas y principios que parecían inmutables por el infringimiento en alas de la libertad.

Sender, pues, no es religioso o místico del mito, del ritual o del dogma. Pocos como él han dejado escritos tan condenatorios de las religiones y sectas que controlan y fijan el mito para engaño de creyentes, provecho de sus personas y disfrute del poder. En todo momento se enfrenta con la fe instituida, encarnada en personas o en libros que considera falsos o apócrifos.

Pero, sí, Sender es religioso, profundamente religioso, a lo místico, henchido de la fuerza operativa de la fe cristiana, que lleva en sus entrañas la fraternidad universal y ese hacerse los hombres a imagen y semejanza de Dios por el único camino que hoy tenemos como seguro: la libertad y el amor. «Dios es Amor y Dios = Libertad».